

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

JORGE Martínez Reverte es un hombre con un humor tan fino que da la impresión de que no existe. Da la impresión de que no existe Reverte. El humor es obvio que está aquí, en su novela *Demasiado para Gálvez*, editada hace unos días por Debata en Madrid y subtitulada a la americana: *El caso Serfico*.

Sin embargo, Martínez Reverte existe y tiene tanta entidad como su humor. Escribe en los periódicos, es un teórico del pensamiento político, ha relatado sus ocurrencias en semanarios de humor y últimamente ha llegado a mantener una polémica leve con Emilio Romero. Su novela le convierte, además, en un novelista, que no es algo que siempre ocurre cuando un periodista o un pensador escribe novelas.

Este es un país que tiende a desmejorar las cosas. Cuando un novelista hace periodismo, se recurre a la fórmula de decir que en verdad se nota que el terreno abandonado es el que mejor le va al intruso. Cuando ocurre a la inversa, la fórmula preferida es aquella que permite afirmar que el periodista debe limitarse a sus ocurrencias y olvidarse de incursiones noveleras y peligrosas.

Jorge Martínez Reverte le da sopas con onda a ambas fórmulas de desprecio del trabajo de los presuntos intrusos. Y ha escrito una novela que no parece española, aunque el tema, los personajes, con sus nombres y apellidos, e incluso el trasunto de la historia, son inequívocamente españoles, como los cigarros Winston que ahora van a fabricar en León.

Lo que hace Reverte es contar una historia española con sensibilidad extranjera, es decir, exterior, distanciada. Lo fácil —lo español, en este caso— hubiera sido recurrir al *suspense* de la truculencia para narrar una serie de asesinatos relacionados con un escándalo financiero. Jorge Martínez Reverte deja intacta la historia y la presenta con el aderezo del sentido del humor. La lista de asesinatos, o de intentos de muerte alevosa, que hay en su libro siempre acaba con una sonrisa del espectador de tantos

Jorge
Martínez
Reverte.



LIBROS

Demasiado para entonces

JUAN CRUZ RUIZ

muertos. El espectador, aunque se llame Julio Gálvez en el libro, es el propio Reverte, que introduce en las reflexiones de su personaje la experiencia de un periodista español que ha habitado en el desencanto y que ha tenido como compañía de la desesperación el mal coñac, la envidia de quienes le rodean y el desconocimiento de las intenciones de quienes están en la cúspide del mando.

Porque esta es la novela de un periodista que trata de meterse de caballo de Troya en la situa-

ción de la España previa a la muerte de Carrero, para desenredar escándalos como el de Serfico, una compañía financiera que vive del dinero de los demás y que, para defraudar a sus socios, vive también del generoso dinero del Estado, dedicado entonces —y ahora, supongo— a salvar situaciones en las que las grandes familias se resistían a perder el honor y el capital.

Un periodista era —es, supongo— un grano de arena en aquel desierto dominado por los grandes intereses, que cambiaban pu-

blicidad por información. Julio Gálvez, el personaje de *Demasiado para Gálvez*, intentó hacer prevalecer su honestidad profesional, investigar por su cuenta, hacer cambiar el establecimiento periodístico. Pero fue demasiado para él. Entonces, y ahora, supongo, era demasiado para Gálvez, que sólo se siente confortado al final de la novela cuando una gran explosión hace subir por los aires un enigmático coche negro en el que parece que va enfundado, auxiliado espiritualmente, el cuerpo sin vida de la situación que mimaba casos como el de Serfico.

La novela termina con esa explosión. En las 239 páginas que componen la historia, el novelista deja varios ejemplos de su conocimiento de una profesión, la de periodista, que le ha permitido acercarse con tino y con gallardía al oficio de novelista. Al final, el sentido del humor le da al libro la consistencia precisa para que uno se olvide de los tópicos que suelen rodear a una novela española. Jorge Martínez Reverte ha construido una buena historia que mantiene en vilo al lector, quien al final le abandona, agotado de ser tan perseguido como los protagonistas de la narración, con los que se ha ido identificando. Después de ese esfuerzo, el que ha leído la obra de Reverte exhala un suspiro y esboza una malévola sonrisa, la de quien parece haber intuido el final, pero que no lo advierte hasta que la novela no acaba, por si acaso el conjuro es capaz de hacer que termine bien. Pero finaliza muy mal: Gálvez es expulsado de su trabajo por tratar de investigar un reportaje en el que se denunciaba al *establishment*, quienes le ofrecían información cañan como pulgas en una matanza que era custodiada y silenciada por la propia gendarmería, y los compañeros de Gálvez, los periodistas, vendían sin pudor sus plumas al caballo empresarial mejor colocado. No es sólo una novela: es también un reportaje sobre una historia que, una vez leída, vuelve a resultar familiar, aunque parezca que han pasado años desde que ocurrió. ■